

SEXUALIDAD FEMENINA LA PASIVIDAD FEMENINA UNA CUESTIÓN POLÍTICA

ANA MARIA FERNÁNDEZ

A.M.F. psicóloga clínica psicoanalista- es Profesora Titular de Introducción a los Estudios de la Mujer y de Técnica de Grupos en la Facultad de Psicología (UBA). Ha publicado Las Mujeres en la Imaginación Colectiva y recientemente La Mujer de la Ilusión (Paidós).

La pasividad femenina es parte de un imaginario colectivo propio de la Modernidad que instituyó una forma de ser mujer, que se sustenta, entre otras cosas, en una trilogía narrativa: el mito de Mujer = madre, el mito del amor romántico y el de la pasividad erótica de las mujeres. Estos mitos, articulados unos con otros e inscriptos en un particular ordenamiento dicotómico de lo público y lo privado han hecho posible la construcción histórica de una forma de subjetividad propia de las mujeres entre cuyos rasgos puede destacarse un posicionamiento ser de otro en detrimento de un ser de sí que vuelve posible su fragilización a través de diversas formas de tutelajes objetivos y subjetivos.

Es necesario señalar una vez más que esta forma de subjetividad no es algo inherente a un ser femenino, sino que constituye el precipitado histórico de su lugar subordinado en la sociedad. En tal sentido, debe otorgársele a la cuestión de la producción de subjetividad una dimensión política.*

La conyugalidad, más allá de las diversas características que ha adoptado a lo largo de la historia de Occidente, ha sido secularmente la forma instituida del control de la sexualidad de las mujeres. No sólo, como señaló Engels, para controlar su descendencia legítima, sino para producir su propia percepción de inferioridad. Una pieza clave en la gestión de sus fragilidades ha sido la pasivización de su erotismo. Debe pensarse que el matrimonio monogámico -esto es, el

* La dimensión política de la subjetividad suele constituir uno de los más fuertes impensables del mundo psi .

derecho exclusivo del marido sobre la esposa** - sólo puede sostenerse a través de un proceso histórico-social de producción de una particular forma de subjetividad: la pasividad femenina, por la cual la mujer se aliena de la propiedad y exploración de su cuerpo, registro de sus deseos, búsqueda activa de sus placeres, etc.

Este mantenimiento de la pasivización del erotismo de las mujeres se inscribe en un circuito más amplio de producción histórica de su subjetividad, uno de cuyos anclajes principales es justamente la conyugalidad, lazo social para el cual tal subjetividad se configura -aún en la actualidad- sobre la premisa de otra desigualdad, ya que habrá de celebrarse entre un sujeto que despliega tanto su relación con el mundo como su relación consigo mismo, desde una posición: ser de sí***, y otro sujeto que estructura sus relaciones desde otra posición: ser de otro.

¿Cómo se constituye ese estilo de erotismo típicamente femenino? Freud supuso que el clítoris cedería su finísima sensibilidad a la vagina. En la economía de los cuerpos esto no es así; en cuanto a la significación, allí la cuestión es más compleja por cuanto la institución de las significaciones de una y otra zona depende de un complejo entramado de significaciones ya dadas por la cultura y de efectos de sentido instituidos desde la singularidad de las prácticas de sí de cada sujeto.

En realidad, el pasaje hacia el cambio de zona ha constituido uno de los principales soportes de la monogamia unilateral, tiene por tanto gran importancia estratégica en la reproducción de la familia patriarcal, siendo sin duda una de sus consecuencias la pasividad femenina. Pero, así planteada la cuestión, habrá que re-pensar críticamente esta noción de pasividad en tanto característica de la femineidad -y por tanto un rasgo universal de la normalidad -. Sería más pertinente hablar de pasivización en tanto efecto de la violencia simbólico-institucional sobre el erotismo de las mujeres en el patriarcado; desde allí sería entonces posible analizar las marcas del mismo en la producción de la subjetividad y en el erotismo de tantas mujeres gestadas en tal régimen social.

Por otra parte, hay una relación intrínseca entre la pasivización de la actividad erótica de las mujeres y ciertas formas de abnegación maternas. Granoff y Perrier han señalado -luego de afirmar, que en

** STOLKE, Verena Los trabajos de las mujeres , en Sociedad, subordinación y feminismo . Tomo III. Ed. Magdalena León, Bogotá, 1982.

*** En el sentido estilístico y político dado por los griegos al dominio de sí .

las mujeres no puede identificarse la presencia de perversiones al estilo del fetichismo en los hombres- que la maternidad sería la perversión femenina propiamente dicha****.

En realidad, para instituirse como sujeto de alguna perversión hay que posicionarse, en primer lugar, como sujeto. Las mujeres en nuestra cultura en tanto con mucha mayor frecuencia se posicionan -o son posicionadas- más como objeto que como sujeto erótico, no constituirían verdaderas perversiones, salvo la maternidad. ¿Por qué algo tan sacralizado en esa misma cultura como la maternidad constituiría para estos autores una perversión típicamente femenina? La razón de esta posibilidad estaría dada en lo manipulable y en lo real del objeto hijo/a. En rigor de verdad el maternaje es la única práctica social-erótica-amorosa donde la mujer-madre puede instituir prácticas eróticas activo-manipuladoras sin condena moral.

Es interesante observar que en la base del plus de activismo característico, por ejemplo, de la sobreprotección materna, estos autores señalarían un rasgo perverso. En igual sentido, si se toma como referente el trabajo clínico con mujeres puede observarse una frecuente correlación donde aquellas madres excesivamente madres , sobreprotectoras, en un uso arbitrario de su posesión de los hijos / as, suelen ser mujeres que presentan un tipo de erotismo en el que predomina el franco rechazo o la evitación disimulada de prácticas eróticas con su compañero: negarse, buscar excusas, aceptan relaciones sin excitarse; suelen expresar que no las atrae la vida sexual, y suelen decir también que nunca o rara vez obtienen orgasmos en prácticas de penetración peneana.

Por otra parte, los cuerpos de hombres y mujeres no sólo sostienen sus diferencias sexuales, sino que también sopor-tan-sostienen en ellas los fantasmas sociales que desde lo imaginario social se constituyen a este respecto dando viabilidad a sus respectivos y variados discursos ideológicos. Es en este sentido que el psicoanálisis, en muchos tramos de su discurso teórico, cuando cree dar cuenta de la diferencia sexual es en realidad hablado por el discurso social.

**** Granoff, W. y Perrier, F.: El problema de la perversión en la mujer . Ed. Grijalbo, Barcelona, 1980. Obviamente, tanto ellas como sus maridos y lamentablemente con frecuencia sus psicoanalistas, suelen considerar estos rasgos como la evidencia de una patología sexual. Serían mujeres sexualmente inmaduras , infantiles o pregenitales . Es interesante aquí observar cuanto del exilio erótico de muchas mujeres se silencia en esta particular nomenclatura que colabora -no puede dejar de señalarse- para mantener la casa en orden.

Aquí no puede ignorarse que cuando el psicoanálisis en sus narrativas sobre la sexuación femenina otorga categoría de universales -ya no naturales, pero sí inconscientes- a aquello que en realidad es precipitado de complejos procesos de violentamiento histórico del erotismo de las mujeres, forma parte de los dispositivos de pasivización.

En síntesis, tiene frente a sí un doble desafío teórico, epistémico y clínico, pero también ético. a) Una elucidación crítica de las categorías epistémicas desde donde ha pensado la sexuación que pueda quebrar el impasse donde la Episteme de lo Mismo lo ha colocado. b) Una des-construcción genealógica de las categorías conceptuales, en este caso lo activo y lo pasivo; una reflexión sobre cómo, cuándo y por qué se originaron, cómo se significaron en diferentes tiempos históricos****, permitiría quebrar el hábito de pensar dichas categorías como a-históricas y universales y, al mismo tiempo encontrar los puentes entre estas narrativas teóricas y los dispositivos político-sociales que sostienen.

En tal sentido no es cuestión de avanzar de los orígenes de la sexualidad femenina hacia los orígenes femeninos de la psicosexualidad ; es decir de un criterio falocéntrico a un criterio ginecocéntrico*****, o de un Freud anatómico a un Lacan simbólico o de un padre función (Lacan) a un padre libidinal (Laplanche) tal cual plantea J. André en Los órganos femeninos de la sexualidad . Este impasse no se dirime tirando de alguno de los hilos del nudo, sino desconstruyendo la Episteme de lo Mismo, para poder pensar el problema de otro modo. Elucidando esa lógica de la identidad, que necesariamente y no por error coloca lo diferente como alteridad devaluada. El paso no es valorar lo devaluado, sino poner en juego aquellos requisitos teórico-epistémicos para pensar lo diverso. Algo esta a favor, no hay que inventar todo de nuevo. Todo es cuestión de dejarse penetrar por epistemologías transdisciplinarias que se instituyen ya en otros campos de saber y desde allí poder pensar la singularidad de la sexuación en Psicoanálisis.

El trabajo es teórico, pero la decisión de realizarlo es política.

**** Veyne, P.: Familia y Amor en el Alto Imperio Romano , en Amor, familia y sexualidad , A. Firpo Compilador. Ed. Argot, Barcelona, 1984.

***** André, J. Rev. Zona Erógena Nº 13. Bs. As., 1993.